**ACCIONES VOLUNTARIAS**

Cuando los psicólogos o neurocientíficos diseñan un nuevo entorno o paradigma experimental para estudiar sujetos no humanos como ratas, gatos, monos o delfines, a menudo tienen que dedicar decenas o incluso cientos de horas a entrenar a cada sujeto en sus nuevas tareas(…). Todo este entrenamiento requiere tiempo y paciencia, tanto por parte del entrenador como del sujeto del experimento. A los sujetos humanos que participan en experimentos, en cambio, basta en general con decirles lo que se desea de ellos. Tras una breve sesión de preguntas y respuestas y unos minutos de práctica, los sujetos humanos seremos tan competentes en el nuevo contexto como pueda serlo cualquier otro agente. Eso es lo que quiere decir Wegner cuando identifica las acciones voluntarias como las cosas que podemos hacer cuando se nos pide que las hagamos. Si se nos pide que rebajemos nuestra presión sanguínea, ajustemos el ritmo de nuestros latidos o movamos las orejas, no estaremos en la misma disposición de cumplir con la demanda, aunque con cierto entrenamiento, no muy distinto del que reciben los animales de laboratorio, podremos finalmente incluir esas proezas a nuestro repertorio de actos voluntarios (…).

El surgimiento del lenguaje trajo a la existencia un tipo de mente capaz de transformarse en una máquina virtual en cierto modo distinta: asumir nuevos proyectos, obedecer a nuevas reglas, adoptar nuevas estrategias. Somos transformistas. Eso es lo que es una mente, y la distingue de un mero cerebro. Los animales no humanos pueden realizar acciones más o menos voluntarias. El pájaro que vuela hacia donde quiere, se dirige voluntariamente hacia aquí o hacia allá, moviendo sus alas por su voluntad, y lo hace sin necesidad de lenguaje(…). Nosotros hemos añadido otra capa a la capacidad del pájaro (y del simio, y del delfín) de decidir lo que va a hacer. No es una capa anatómica del cerebro, sino una capa funcional, una capa virtual presente de algún modo en los microdetalles de la anatomía del cerebro: nos podemos pedir unos a otros que hagamos cosas, y nos podemos pedir a nosotros mismos que las hagamos(…). Es cierto, también le podemos pedir a nuestro perro que haga diversos actos voluntarios, pero el perro no puede preguntarnos a su vez por qué se lo pedimos. Un babuino macho puede “pedirle” ayuda para su “aseo” a una hembra que pase por su lado, pero ninguno de los dos puede debatir el resultado probable de la sarisfacción de su demanda(…). Nosotros, los seres humanos, no solo podemos hacer cosas cuando se nos pide que las hagamos; podemos responder a preguntas acerca de lo que estamos haciendo y del porqué. Podemos participar en la práctica de pedir y dar razones.

 Es esta capacidad de preguntar, que también podemos dirigir hacia nosotros mismos, la que da origen a la categoría especial de acciones que nos hacen distintos. La que causa que algunas de nuestras acciones sean autoformativas en un sentido moralmente relevante: son el resultado de las decisiones que hemos ido tomando en nuestro empeño por darnos sentido a nosotros mismos y a nuestras vidas. En cuanto comenzamos a entrar en conversaciones sobre lo que hacemos, debemos tener una idea clara de eso que hacemos, a fin de disponer de respuestas para dichas preguntas. El lenguaje exige de nosotros que estemos atentos, pero también nos ayuda a estarlo, al facilitarnos la tarea de categorizar y (super)simplificar nuestras *agendas*. No podemos evitarnos convertirnos en psicólogos aficionados (…). También los monos y otras especies altamente sociales son como unos *psicólogos naturales*, a causa del manifiesto talento e interés que dedican a interpretar el comportamiento de sus congéneres, pero como los simios nunca llegan a comparar sus respectivas experiencias, ni a debatir sobre atribuciones de motivos y creencias, a diferencia de lo que ocurre con los humanos, su competencia como psicólogos nunca les obliga a emplear representaciones explícitas. En nuestro caso es diferente. Nosotros necesitamos tener algo que decir cuando nos preguntan qué se supone que estamos haciendo.

Pensad en las consecuencias de este hecho en nuestra historia evolutiva.Sólo nuestra especie tiene una autopista abierta hacia la posibilidad de compartir el conocimiento, en todos los órdenes. La conversación nos une, a pesar de nuestros distintos idiomas. Cualquiera de nosotros puede llegar a saber mucho sobre cómo es ser un pescador vietnamita o un taxista búlgaro, una monja de 80 años o un niño de 5 años ciego de nacimiento, un maestro del ajedrez o una prostituta. No importa lo distintos que seamos los unos de lo s otros, diseminados como estamos por todo el globo, pues podemos explorar nuestras diferencias y comunicarnos acerca de ellas. No importa lo parecidos que sean dos bisontes, plantados uno al lado del otro en medio de un rebaño, pues no pueden llegar a saber nada de sus parecidos, y no digamos ya de sus diferencias, porque no pueden comparar sus respectivas experiencias. Tal vez sean parecidas, pero son incapaces de compartirlas como lo hacemos nosotros. Incluso en nuestra especie han hecho falta miles de años de comunicación para comenzar a descubrir las claves de nuestra identidad. Sólo hace unos cientos de años que sabemos que somos mamíferos, y hace sólo unas décadas que comprendemos con detalle cómo hemos evolucionado, junto con otros seres vivos, desde aquellos sencillos orígenes. Nos vemos superados en número en este planeta por nuestros primos lejanos, las hormigas, y apenas tenemos ninguna presencia al lado de otros parientes aún más lejanos, las bacterias. Aunque estemos en minoría, nuestra capacidad para compartir conocimiento a larga distancia nos da poderes que superan con mucho los de todos los demás seres vivos del planeta. Ahora, por primera vez en millones de años de historia, nuestro planeta está protegido por centinelas capaces de ver a gran distancia, capaces de anticipar peligros en un futuro lejano —un cometa en curso de colisión, o el calentamiento global— y diseñar planes para darles respuesta. El planeta ha desarrollado finalmente su sistema nervioso: nosotros.